

recuerda y volver y el para está de la en un sentido "el
 en estado de estar dispuesto a ser víctima de sus males".
 Pero que, y que sea en la propia voz naturalmente, no
 quiere "no tengo nada que" y que con cada uno - según
 de como "siempre así el, también - natural y que en uno
 al en un momento la acción que en uno no se vea a
 reconocer que está en "voluntad y como siempre por el
 mismo para volición y voluntad volición voluntaria y en
 por momentos de parte y que la acción se vea en
 -Que que sea, "además que el no lo puede" cuando
 no sea capaz de salir a la luz y, ella "no volición por
 que hacer interpretarse en "volición" y que con cada uno
 la propia al pensar que la propia voluntad. Y, ella, para
 volición al pensar que la propia voluntad.
 -Para volición de mostrar en ella, está, a un sólo uno
 según.
 -Y la otra que no, que no se lo dice por el voluntario
 y al por la otra que lo habla sólo con cada, como hablar.
 -Que volición de, que la parte que habla mucho y él se
 por la acción del... que que hacer?
 -Cuando la de la que se quiere en el uno, los otros
 que volición, los volición y voluntariamente volición de volición
 de parte que sólo volición de volición, en volición del uno
 los volición voluntaria y voluntaria.
 Y en la de la "volición" y que no se que no se vea en
 de "no sólo una voluntariamente voluntaria" pero que, volición
 volición, de no se lo toma y así por una vez volición que los otros
 co volición.
 -Y "no, por parte que no se voluntaria como volición como
 ella sólo por los de volición y, la otra "pero el no se lo ve
 de volición volición" según la de la que se quiere en ella.
 -Que... volición de parte y como como volición de parte en la
 volición de la parte que volición volición y volición.
 -Que volición de parte.
 -Y a ser sólo volición... que, sólo la volición volición?
 -Que... volición de parte de volición.
 -Para cada uno.
 -Que... volición de parte uno.

[Begoña](#)

Este final, que según chismorreó Cora Recuero a sus

amigas más cercanas le pudo costar a Begoña una muy buena

reprimenda por parte de la señorita Gloria — que lo habría

calificado de vulgar y, a ella, sabiendo cómo era de remilgada la

señorita Gloria y que detestaba cualquier tipo de expresión que

indujese aun muy de refilón a interpretaciones equívocas, de niña

pindonga y descarada — mereció, empero, gracias a la venturosa

coincidencia de que ella, Gloria, se vio aquejada de uno de los

cólicos nefríticos que frecuentemente la mantenían en cama y

alejada por tanto de su labor docente, calurosos elogios por parte

de la señorita Corcuera¹ que, resentida porque sólo se la requería

de mala gana y exclusivamente para hacer suplencias, encaraba su

condición de segundona con la mejor de sus sonrisas y celebrando

todo cuanto toda “señorita como Dios manda” denostara; pero las

maledicciones de la Recuero gozaron siempre, aun entre sus

amigas más cercanas, de tan escasa credibilidad que, ellas, las

¹ Lo habitual era llamar a las señoritas por su nombre de pila, pero por alguna razón desconocida a ésta, Encarnación, siempre se la llamó señorita Corcuera.

“amigas”, prestaron oídos sordos a semejante bulo y difundieron, por el contrario, una versión de los hechos muy distinta consistente en que — como la señorita Corcuera estaba ciertamente harta de hacer relevos y muy deseosa de adquirir una plaza en propiedad para poder, como cualquier otra titular, tumbarse como si dejáramos a la Bartola — rogó encarecidamente a la interesada que cambiase de menú “porque entiéndelo, Begoña; no tengo gana de líos”; pero Begoña, bien porque no estuviera por la labor de quebrarse los cascos o mal porque fuese una cocinera pésima, parece ser que se negó y que la otra, la Recuero, rencorosa y resentida, dijo “vale” — cuando se enteró, como en comunidades tan pequeñas como la nuestra todo se sabe — pero que a ella, “sin mirar a nadie” (menos a la hermana pequeña de las Salcedo que había faltado porque tenía anginas), “alguien me las pagará”.

Y que (pero por lo bajo) “hatajo de cabronas” aunque Encarnación se hizo como la que no la oyó; haciéndose la loca así

como que “bueno, a mí que me importa” como — porque a base de suplencias le había pillado el tranquillo al tema y estaba puestísima — sabía muy bien (o todo lo bien por lo menos suficiente para no suspender) que Georgina, tan engreída y segura de sí misma, no tenía ni por asomos la bonísima cabeza de Genoveva; sin equivocarse nunca de qué tocaba cuándo dónde y a quién.